



MOMENTOS
Ciencia Política

35 años de democracia

Reflexiones desde la ciencia política boliviana



MARCELO AREQUIPA JULIO BALLIVIAN VÍCTOR CAMACHO VÍCTOR CHÁVEZ CARLOS CORDERO
JIMENA COSTA FIDEL CRIALES MILENKA DELGADO MARIO GALINDO FRANCO GAMBOA
JORGE KAFKA BLITHZ LOZADA WILLIAM MARIACA IVÁN MIRANDA DANIELA MURILLO
MARTHA PEÑARANDA MARCELO PERALTA ESTENKA QUINTANILLA ALBERTO QUIROZ
MARCO ANTONIO SAAVEDRA LUDWIG VALVERDE HUGO VEGA ROKY VENEROS



Carlos Cordero Carraffa
COORDINADOR



35 AÑOS DE DEMOCRACIA

Reflexiones desde la ciencia política boliviana

Carlos Cordero Carraffa
COORDINADOR

AUTORES

Marcelo Arequipa Azurduy
Julio R. F. Ballivián Ríos
Víctor Camacho Caballero
Víctor Hugo Chávez Serrano
Carlos H. Cordero Carraffa
Jimena Costa Benavides
Fidel C. Criales Ticona
Milenska P. Delgado Cameo
Mario E. Galindo Soza
Franco Gamboa Rocabado
Jorge A. Kafka Zúñiga

Blithz Y. Lozada Pereira
William Mariaca Garrón
Iván P. Miranda Balcázar
Daniela Murillo Casanovas
Martha M. Peñaranda Bojanić
Germán Marcelo Peralta García
Estenka Quintanilla López
Alberto Quiroz Mejía
Marco Antonio Saavedra Mogro
Ludwig A. Valverde Botello
Hugo Vega Plaza

Roky M. Veneros Barrios

LA PAZ, 10 DE OCTUBRE DE 2017

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA

AUTORIDADES

Dr. Franz Remy Camacho

DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Lic. Katya B. Velarde Pereira

VICEDECANA DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Lic. Marcelo Peralta García, M. Sc.

DIRECTOR DE LA CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA

Lic. Iván P. Miranda Balcázar, M. Sc.

**RESPONSABLE ACADÉMICO Y DIRECTOR DE PUBLICACIONES DEL
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIA POLÍTICA**



Concepción y coedición: Carlos Cordero Carraffa

Diseño gráfico y coedición: Blithz Lozada Pereira

Diseño de la tapa: José Tapia Martel

Depósito Legal: 4-1-3152-15

International Standard Book Number: 978-99974-53-969

Impresión y tiraje: Gama Azul Impresores. Mil ejemplares

CONSEJO TÉCNICO DEL IINCIP

Ramiro A. Bueno Saavedra

Víctor Camacho Caballero

Carlos H. Cordero Carraffa

Fidel C. Criales Ticona

Hipólito Encinas Aldapi

Juan Carlos Huanca Valencia

Diego Murillo Bernardis

Franklin R. Pareja Aliaga

Alberto Quiroz Mejía

Gualberto Torrico Canaviri

Ludwig Á. Valverde Botello

Hugo Vega Plaza

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIA POLÍTICA

Facultad de Derecho y Ciencias Políticas

Calle Loayza esquina Calle Obispo Cárdenas, La Paz

Teléfonos: 2612706–2201376 e-mail: iincip.umsa.bo@gmail.com



Instituto de Investigaciones en Ciencia Política–UMSA web: iincip.umsa

Índice

Presentación

La democracia el 10 de octubre de 1982: Utopía y libertad, promesa y esperanza

Iván P. Miranda Balcázar 5

Prólogo

Luces y sombras en tres décadas y media de la historia de Bolivia

Carlos H. Cordero Carraffa & Blithz Yorgen Lozada Pereira 11

I. LA REFLEXIÓN TEÓRICA SOBRE LA DEMOCRACIA

La escala de grises en el debate de la teoría política democrática contemporánea

Marcelo Arequipa Azurduy 19

Democracia integral y exégesis política

Víctor Camacho Caballero 29

Tres décadas y media: Homenaje a una generación

Carlos H. Cordero Carraffa 35

¿Qué diablos finalmente es la democracia en América Latina? Seis tesis para la incertidumbre

Jesús Franco Gamboa Rocabado 51

Del presidencialismo parlamentarizado al hiperpresidencialismo:

El papel de las instituciones formales e informales

Jorge A. Kafka Zúñiga 77

Democracia o socialismo: Una narración ficcional

Blithz Y. Lozada Pereira 95

Los nuevos desafíos de las democracias

Martha M. Peñaranda Bojanić 111

La democracia y el fantasma *des-civilizatorio* en Bolivia

Germán Marcelo Peralta García 117

II. EL DESARROLLO DEMOCRÁTICO EN BOLIVIA: HISTORIA Y POLÍTICA DE 1982 A 2017

La dramática construcción de la democracia en Bolivia: Una visión histórica Julio R. F. Ballivián Ríos	135
La Asamblea Constituyente como expresión del ejercicio de la democracia recuperada el año 1982 Víctor Hugo Chávez Serrano	147
A 35 años de democracia: Los partidos políticos y su rendimiento electoral (1979–2014) Jimena Costa Benavides	159
Los avances y retrocesos de la democracia hasta el Estado Plurinacional de Bolivia Fidel C. Criales Ticona	173
La generación <i>millennials</i> y el futuro de la democracia boliviana Milenka P. Delgado Cameo	187
Las contradicciones de la democracia liberal representativa con la democracia participativa y la democracia comunitaria en el proceso político boliviano reciente Mario E. Galindo Soza	195
La democracia y el discurso del desarrollo como finalidad del <i>Vivir bien</i> en el Estado Plurinacional de Bolivia William Mariaca Garrón	219
Racismo y discriminación en democracia: Análisis de percepción previa a la aprobación de la Ley N° 45 Daniela M. Murillo Casanovas	229
La consulta previa como expresión de la democracia comunitaria Estenka Quintanilla López	251
La alternativa fue la democracia. ¿Y la televisión privada qué creó? Alberto Quiroz Mejía	257
Democracia sin <i>demos</i> y ciudadanía clientelar Marco Antonio Saavedra Mogro	263
Pospolítica y democracia: Configuraciones contemporáneas de la democracia boliviana Ludwig Á. Valverde Botello	281
Estado modernizante y democracia en Bolivia: Transitar democrático entre lo formal y lo real Hugo Vega Plaza	291
Democracia y planificación del desarrollo en Bolivia: Una relación que genera resultados en el bienestar de la ciudadanía Roky M. Veneros Barrios	305

DEMOCRACIA O SOCIALISMO UNA NARRACIÓN FICCIONAL

Blithz Yorgen Lozada Pereira¹

“...es una época de crisis, de decadencia,
de violentos ajustes de cuentas entre pueblos
y de choque de culturas...”

Umberto Eco, *La nueva Edad Media*

“El peor sufrimiento en este mundo es comprender
muchas cosas y no tener poder sobre ninguna”

Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de la historia*

“*Dixi et salvavi animam meam*”

(Hablé y he salvado mi alma)

“Libro de **Ezequiel**” (3:18-9) *La Santa Biblia*.

Citado por Karl Marx en *Crítica del Programa de Götha*

Introito para el atento lector

Voy a contaros, querido lector, la historia de un reino medieval que aunque en sus treinta y cinco años de vigésima segunda vida, no parezca un espacio-tiempo de la ciencia física ni del mundo contemporáneo; es el escenario de inverosímiles peripecias de la cuarta brillante dimensión en una época resplandeciente, amansada, constreñida y barajada que la humanidad contempla con su inquisitorial vista: me refiero a la deslumbrante *nueva Edad Media*.

Este reino es mío porque moro en él y le conozco bien. Así, pese a mi subjetividad que debéis tener en cuenta, considerad la sustancia de mi narración que os trasunto, como una vivencia personal; año tras año, día tras día, sufriendo en carne propia las secuelas instantáneas y de larga duración de los hechos macroscópicos que os relato. Mi narración descubre al mundo una época de crisis porque no termina de decantarse el rumbo que seguirá el reino en cuestión en su vigésima segunda vida, siendo parte de una historia bi-centenaria, especialmente en la tercera década del nuevo milenio. Sobre esto, por si no lo observáis, amigo, el significado griego de la palabra “crisis” (κρίσις) es precisamente el de “decisión”.

Mi narración descubre el grado de crepúsculo del reino de marras porque al inicio del milenio una vieja ideología llamada “socialismo” se vigorizó en los lares insinuados como una “alter-nativa”, arrebujada en las moradas en cuestión con característicos atuendos, olores y colores. Todavía hoy me asombra cómo en la historia se condensa en símbolos relativamente simples y asombrosamente elocuentes, tanta cabalidad y el máximo de plenitud de una compleja realidad. En mi reino, los *nati-*

¹ El Dr. Blithz Lozada (Ph. D.) es docente emérito de la Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública.

vos irrumpieron en el poder anunciando un proyecto “*alter-nativo*”. Aparecieron y encandilaron a la sociedad, afirmándose como los *otros* de un mundo restringido: como el sujeto *álter* que las elites se empecinaron en denostar, desconocer y oprimir, y que de pronto prometía desde las entrañas de este mundo, un discurso milenarista con cambios trascendentales y simbólicos flagelos. Con el apoyo del socialismo, forjarían un nuevo Estado descentralizado, multinacional, con autonomías regionales y étnicas, realizando profundas transformaciones en el ejercicio de la política, el sentido humano de la educación, la organización de la economía y especialmente, en la re-vitalización de las expresiones culturales secularmente aplastadas. Con estos rituales, se redimirían las faltas, los defectos y los pecados de la sociedad en general, pero en particular, del ejercicio del poder que responsabilizaba exclusivamente a los grupos privilegiados.

Sin embargo, mi narración descubre también cómo esa fantasmagoría milenarista se diluyó en el ejercicio corroído y pútrido del poder; dando paso al saqueo de la riqueza natural y del erario nacional, a los ajustes de cuentas por odio de castas, a la hipérbole culturalista reñida con la tolerancia y el mutuo respeto, y al atropello de cierto indianismo pletórico de sinrazón, en una mega-exposición de corrupción, cinismo, impunidad y apología de la ignorancia. Y este cuadro fue pintado dentro de un marco de sistema monárquico rebosante de autoritarismo, donde el reciente absolutismo medieval de la incultura y la barbarie pretende instituir una nueva dinastía, similar o peor en muchos sentidos a la dada en los regímenes de la historia del reino que conculcaron la libertad y golpearon la disidencia.

De este modo, la marca de la crisis, la precipitación de la decadencia, los ajustes de cuentas, la inminente retaliación y el apremio cultural -rasgos caracterizados por un extraordinario, brillante y célebre semiólogo italiano, experto en el mundo medieval- mi narración los evidencia. Desde hace varias décadas acercándonos a la mitad de una centuria, vivimos la *nueva Edad Media*. Es en este universo donde mi tragedia personal, como dijo una vez el padre de la historia, consiste en el sufrimiento causado por el hecho de comprender muchas cosas de este mundo ruin y no tener poder sobre ninguna de ellas. Sin embargo, que os las cuente, atento y amable lector, que yo tenga la dicha de hablaros de ellas y de mostráros las en su inverosimilitud, como dijo el profeta Ezequiel del *Antiguo Testamento*, “salva mi alma”.

Las intermitencias del reino

Los treinta y cinco años que constituyen el tiempo de mi relato, caro lector, son solo dos eras históricas de la atrabiliaria vida del reino, extendida en total, en el decurso de casi dos centurias. Las tres décadas y media son el lapso aceptado por todos con el signo de los tiempos llamado *imperium populi*; aunque tanto entre los múltiples protagonistas del relato como respecto de los momentos distintos del proceso que alcanza sus bodas de coral; inclusive los mismos personajes comprendieron y sostuvieron contenidos distintos y hasta contradictorios sobre tal concepto. Pese a que en la última docena de años, el regente de turno quiso mostrarse como si su ordenanza fuese distinta a los regímenes de los monarcas precedentes, aupados en el poder en poco más de dos décadas; mi narración muestra cómo prevaleció en la vida pública y privada de marras, el *eterno retorno de lo mismo*. Pareciera que la idea de Nietzsche tiene nomás razón y más porque los peores vicios, los defectos y las limitaciones de este *imperium* del reino durante tanto tiempo de historia, no cambiaron, no mejoraron ni superaron sus fermentadas infecciones; es más, decayeron, empeoraron y se depravaron hasta lo inefable.

Contrariamente a lo que eximios pensadores de la Antigüedad y de la floreciente modernidad tejieron como alambicadas teorías sobre el *imperium populi*; me refiero por ejemplo a Clístenes en la Atenas del siglo VI antes de Nuestro Señor y a James Madison que vivió en el siglo de la gloriosa independencia de los Estados Unidos de Norteamérica; al margen de los luminosos contenidos que estas eminencias regalaron a la *ciencia de la política*, en el reino de marras, pese a pregonar el go-

bierno del pueblo, no se lo desplegó cada vez mejor ni se lo proyectó como una evolución. Y es que al celebrar sus bodas de coral, prevalece con insidiosa presencia el poder regio y absoluto de un monarca majestuoso e intocable nombrado “Presidente”. Esto es precisamente, lo que ha llamado mi atención por largo tiempo. El reino se declara “gobierno del pueblo” pero la voluntad *presidencial* es sacra; la división de poderes es retórica y la injerencia ejecutiva, inapelable; el poder de la mayoría circunstancial es aplastante, mientras que las minorías temporales son ignoradas y combatidas; el respeto a los derechos de los pocos es una ilusión y las acciones contra los opositores rebosan de hostigamiento, persecución e inclusive tortura y muerte.

Naturalmente, del periodo que narro, entre los nueve monarcas ungidos por la gracia de Dios, sea por su origen social; por las culturas de vida prevalecientes en las biografías de cada uno; por la educación que recibieron y por la que no tuvieron; por las experiencias de su existencia personal; por sus caracteres, sus personalidades, sus ambiciones propias y por las lacras humanas que lamentablemente inundan a los políticos tanto de hoy como de siempre; el ejercicio de poder en el reino, según las mentadas prerrogativas dilatadas del “Presidente”, no se ha dado en modo alguno, como algo digno de encomio.

El primer ungido terminó renunciando a su cargo, una vergüenza para cualquier dinastía y fue peor, porque lo hizo por su incapacidad evidente de mando. En otro caso la violencia política obligó a un monarca a huir llevando consigo el erario del reino consistente en varios centenares de miles de denarios. Finalmente, el séptimo monarca, al parecer de agradable y extendida sabiduría, no tuvo la voluntad ni la inteligencia de imponer el orden imprescindible para enfrentar la peor convulsión política del milenio. En fin, si la luz divina me ilumina e interpreto correctamente los signos de los tiempos, debo deciros, estimadísimo lector, que los nueve monarcas de este reino, pese al apoyo incondicional del que gozaron de adláteres y facciones de toda laya a favor de sus regímenes, se impusieron y rigieron con intensidades distintas; mostraron drasticidad variable y marcaron estilos propios en medio de disímiles circunstancias. Tuvieron las ínfulas opresivas personales necesarias para el ejercicio del cargo y a pesar de las limitaciones de su conciencia, su personalidad o el contexto, asumieron y realizaron decisiones, gestiones y políticas genuinas.

El pueblo del reino de mi relato, como todos los *pueblos* del mundo, es naturalmente rebelde y difícil de gobernar; pero también es manipulable, asequible para los monarcas gracias a la prebenda y vulnerable ante la propaganda y los discursos mitómanos. En el caso de un monarca que cumplía su resurrección interrumpida, lo hostigó al grado de deponerlo en medio del peor clima de violencia política del milenio, reproduciéndose viejos triunfos anteriores contra usurpadores ilegítimos que se auparon en el poder gracias a la fuerza de las armas. Sin embargo, aparte de las irrupciones virulentas, es posible afirmar que en general, tal pueblo prefiere la conservación de los regímenes y la estabilidad de las estrategias. Permitidme, dilecto y afable lector, explicaros el porqué de estos asertos.

El método válido en el reino para descubrir los designios de Dios, para saber a quién el Todopoderoso habría ungido para que ejerza el gobierno temporal de su grey, es curiosamente, un procedimiento llamado *elecciones*. La humanidad ha perfeccionado este procedimiento desde muy antiguo, encontrándose un hilo conductor en la historia de Occidente, que supera progresivamente las restricciones por edad, sexo, ingreso monetario, raza, salud mental o etnia. La más reciente transformación del reino, sin embargo, fue sobre esto último; pero se dio en exceso: favoreciendo de más a ciertas facciones étnicas, compensándolas al parecer, de la exclusión que se les impuso tradicionalmente.

En las dos primeras décadas de mi relato, solo el titular de las casas de los patricios más connotados del reino podía pugnar para ser ungido y gobernar como monarca con el nombre de “Presidente”. Aunque siempre hubo candidatos de origen plebeyo, algunos extremistas y radicales; no pudieron atravesar la línea que demarcaba su exclusión. A varios de tales postulantes los denominaron “an-

ti-sistémicos”, aunque debo confesaros, apreciado lector, que sigue siendo incomprensible para mí el significado de tal nombre. Creo que se trata de otra banalidad nominalista de los impíos ingleses que conocemos, que aplauden la creación de términos vacíos como “pluri-nominal” o eufemismos como “multi-cultural”.

Sin embargo, hubo dos candidatos titulares que no fueron marginales, uno tuvo amplia aceptación popular en los estratos bajos menos favorecidos, porque aparte de aviar a los más pobres, se aprovechó de la imaginación del pueblo convirtiéndose en su pariente ritual; esto fue favorecido ampliamente por la conquista previa de un escenario folklórico que realizó el artífice de marras, cantando y tocando música de basta complacencia. El segundo candidato regalaba obras monumentales en barrios de las márgenes urbanas, y pese a que su fortuna la amasó gracias al comercio escasamente transparente en materia tributaria de bebidas espirituosas, el pueblo recibía con candor las albricias y esperaba con ingenuidad que algún día se convirtiese en el elegido, siendo ungido “Presidente”.

Yo personalmente prefiero otros métodos para descubrir al elegido escrutando los designios del destino o comprendiendo la voluntad divina: el de los budistas tibetanos, por ejemplo, me parece más espiritual. Para ellos, como sabéis querido lector, encontrar la reencarnación del Dalai Lama es una tradición milenaria revelada gracias a las indicaciones de momento y lugar ofrecidas por el gurú político y religioso antes de morir. Que recientemente se consulte al *pueblo* tibetano si el Dalai Lama deba o no reencarnar; o peor aún, que el Partido Comunista de China deba “aprobar” la reencarnación es una depravación de la tradición. Por lo demás, según mis certidumbres, puesto que el poder procede de Dios y debido a que la gracia es consagrada por el Altísimo exclusivamente, con el imperativo para el monarca de realizar el bien común; se explica plenamente que el tiranicidio sea un acto legítimo y necesario que el pueblo debería realizar. Sin embargo, permitidme abandonar por ahora estas exquisitas disquisiciones de teología política para otro momento.

Tres décadas antes del primer año de la etapa que narro, hubo una transformación radical en el reino con la irrupción de una *revolución* política, económica y social. El proceso está codificado en lenguaje críptico para los iniciados como “em-en-er-e”, siendo su contenido el secreto que ha permitido a distintos monarcas contar con la anuencia y el apoyo del *pueblo* para ser “elegidos”. El legado de esa tradición ha determinado que en las tres décadas y media que son objeto de mi alocución, el apoyo “popular” sea mayor en cuanto los titulares de las distintas casas postuladas para formar dinastías, ofrecen promesas de distribución dadivosa de la riqueza pública; identifican enemigos minoritarios acendrando cualquier tipo de odio, especialmente contra los ricos; aseguran la política rimbombante como el mejor medio de vida y garantizan beneficios enormes e impunes para sus adláteres.

Las casas o las coaliciones de casas patricias o plebeyas que han descubierto este secreto y que han obrado en consecuencia, dan lugar a corroborar ciertamente mi interpretación al considerar las proporciones de votación: sea por coaliciones de carácter *meso*, *macro* o *mega*; o sea gracias a la hegemonía y liderazgo de algún titular, los mandatos unitarios o compartidos han gozado siempre de un amplio apoyo popular, con cerca de 60 personas por cada centuria. Sin embargo, yo os digo, lector insobornable, que prefiero por ejemplo el método de la reencarnación budista, porque en el reino de la era de marras, vi con consternación, por ejemplo, que para elegir al quinto monarca -hubo otros casos similares en la larga historia de veintidós vidas- el *pueblo* constituido con criterios y exclusiones disímiles, no reparó en votar a favor de quien fuera su verdugo casi treinta años antes, cuando se aupó en el poder por la fuerza de las armas.

Además, en los tiempos de hechicería cotidiana que envolvió especialmente a las últimas dos décadas de la era de mi relato, he visto en más de una ocasión que hasta los muertos votan. No sorprende a nadie la aparición mágica de infinidad de dobles que multiplican las papeletas de igual color, habiéndose constatado más de una vez que quienes administran *técnicamente* los distintos procesos electorales actúan como autómatas, cumpliendo los dictámenes vergonzosos del monarca de turno.

Con absoluta certeza adivinaréis, mi estimado amigo, que sea por conquista de la propia casa o por acuerdos políticos, pactos o como se llame al consorcio forjado para decidir entre varias casas; con mayor o menor desparpajo, con un mínimo de vergüenza o sin alguna definitivamente, la violación de los contenidos sustantivos del *imperium populi* como teoría -destilada en alambicados sistemas contruidos para la vida *en policía*- se ha producido de modo reiterado y a veces llegando a situaciones inaceptables. Fue recurrente en los treinta y cinco años, la dependencia que el monarca impuso a las distintas Cámaras de Representantes, el sometimiento ejercido sobre el poder judicial y el abuso de la violencia y el terror de Estado. La diferencia de cada gestión regia radica solo en la magnitud del sometimiento, por ejemplo, convirtiendo a los parlamentarios en levanta-manos u obligando a los jueces a incurrir en prevaricato.

Similar protagonismo execrable han tenido los nueve monarcas de igual número de regímenes, distintos solo por la medida y los *quanta* de su propio guion; no por la cualidad de sus administraciones que fueron iguales porque pusieron en movimiento los engranajes del *imperium populi*, usando los instrumentos que reafirmaron estilos elitistas de mando no exentos de tensiones, realineamientos ni conflictos internos. Es el contexto del chantaje, la prebenda, el nepotismo, las lealtades compradas, la coacción, la cooptación, la protección descarada a la venalidad, la tolerancia amplia a la impunidad, la distribución privilegiada de la riqueza, el cuoteo del poder, las redes delictivas y el tráfico de influencias.

De monstruos y catástrofes cósmicas

El tiempo que os narro, querido lector, se caracteriza por el triunfo de inicio del primer monarca con gran algarabía; lo que sin embargo, pronto se convertiría en una catástrofe de grandes dimensiones exacerbada por su estilo de mando hasta que renunció. Se inicia con manifestaciones populares *en crescendo* contra los monarcas que estuvieron aupados en el poder por la fuerza de las armas. Pero esta no pudo evitar el deterioro de la imagen del reino. El primer gobierno del *imperium populi* surgió en medio de la algarabía que destruyó el poder militar, auspiciándose el renacimiento de la libertad y la auto-determinación bajo el mando de un monarca que había capitalizado la simpatía, la anuencia y el apoyo del pueblo, restituyendo las instituciones del Estado de derecho, las garantías personales y las llamadas competencias constitucionales.

Pero carecía de una estrategia para el bienestar económico de las facciones que presionaron con denuevo para lograr cada vez mayor atención del monarca. El resultado fue la precipitación imparable de la hiperinflación, la ingobernabilidad galopante, la carestía de bienes de consumo y la imposibilidad de enfrentar las acciones opositoras que disponían de gran poder en las Cámaras de Representantes y en el Poder Judicial. Este traumático nacimiento del *imperium populi* motivó que las próximas tres décadas quedasen marcadas por acuerdos surgidos con el propósito de lograr la llamada "governabilidad": un escenario de distribución de poder entre las casas de patricios y plebeyos del sistema, dando sustento político a las decisiones asumidas por el monarca y su séquito. Tres años fueron suficientes para que al menos las dos décadas posteriores correspondan al *imperium populi* de los pactos, apareciendo después la década del *imperium populi* hegemónico. La hegemonía lograda por una sola casa de un monarca que se aupó en el poder sin pacto alguno, se dio como signo de una era que representa poco más de la mitad del tiempo de los pactos. De darse condiciones limpias para la próxima era, la pregunta que resuena en el reino es: "¿será imprescindible retornar al mundo de los pactos para lograr alguna forma de gobernabilidad?".

La primera manifestación que forjó la era de los pactos fue el nacimiento de un monstruo fabuloso del reino. Heredero de la tradición clásica, el reino que os refiero, querido lector, ha remozado tanto el mito del dragón de dos cabezas como el símbolo de los dioses de dos caras, protagonizando estos personajes inacabables bucles en los ciclos de la historia y la política y revitalizando el mito del eterno retorno de lo mismo. Es la permanencia de la inequívoca imagen de la serpiente

que se muerde la cola, la alegoría de una criatura que pese a destruirse, no deja de existir, remozándose a sí misma una y otra vez.

Un dragón bicéfalo llamado “Pacto por la Democracia” y sus vástagos fue el fabuloso monstruo de mortífera mordedura. Con sus dentelladas fijó un nuevo orden destruyendo el antiguo, estableció un mundo inédito denominado *neoliberal*. Como el can Cerbero también de dos cabezas, controlaba el tránsito del mundo de los vivos al de los muertos, recortaba el tiempo de los cadáveres políticos y condenaba a la marginalidad. Creó las condiciones nuevas del subempleo y el desempleo, la miseria, la recesión y el conformismo para una parte considerable de los vasallos del reino. Facilitó que una elite restringida, poderosa y despótica, tome y manduque los frutos de un sistema orientando su acción para devastar los recursos naturales y financieros, explotar sin casi ninguna obligación patronal y agenciar bienes y empresas estatales para beneficio de su cofradía.

Sin embargo, ante la catástrofe de inicio, en las próximas dos décadas prevaleció dicho orden, y en el recuento del apoyo popular que tuvieron quienes protagonizaron los pactos, se encuentran siempre sumatorias suficientes. Al principio, los edictos de los monarcas exigieron sacrificios sociales de los vasallos, con actitudes anuentes para fortalecer el principio de autoridad del mandamás supremo, reducir el Estado al mínimo, crear responsabilidad y eficiencia en el régimen, y alcanzar orden y estabilidad según decisiones con inventiva. Apareció una traza del Estado que solo con hegemonía concertada sobre los tres poderes, daría lugar a llevar adelante una visión determinada del reino. Y así fue durante dos décadas.

Rondando en el mero nominalismo, la llamada “gobernabilidad” validó que aparecieran nuevos personajes individuales y colectivos. Este reino de exuberante creatividad dio paso a los “levanta-manos”, las “aplanadoras” y los “rodillos” plenipotenciarios; cercenando las funciones de las Cámaras de Representantes referidas a las tareas de fiscalización, interpelación y resguardo de algo llamado *Carta Magna* que todos dicen conocer pero que al parecer, casi nadie perpetra. Una constatación del *eterno retorno de lo mismo* es que en la última década esta tónica de atrofia y esterilidad de un poder sustantivo del Estado, llegó al extremo; no solo sirvió a la supuesta “gobernabilidad”, sino que se convirtió en el reducto de resguardo y patrocinio de las plétoras, deseos y escándalos del último monarca.

Naturalmente, debido a que la fábula reemplaza a la realidad, las dos décadas desplegadas en torno al fin de milenio, tuvieron bien montadas representaciones escénicas con ficciones de censura, interrogación y resguardo de la *Carta Magna*. Al final, lo que el periodo neoliberal enseñó a los políticos posteriores y que el monarca de una docena de años aprendió y llevó al extremo con mucha aplicación, es realizar a cabalidad una política *aparente*. Se trata de someter a los poderes legislativo y judicial, de modo que el monarca quede siempre bien en la palestra de la información, respondiendo a las críticas y haciendo anuncios de cambio; sin que nada se transforme ni evolucione en verdad, perpetuando en la indefinida impunidad a quienes debían ser sancionados. Así, los intereses ulteriores de los séquitos de los que mandan se precautelan en su inequívoca consumación.

En la era de los pactos del *imperium populi*, los simulacros en torno a los poderes legislativo y judicial han tenido apenas propósitos pedestres, como redefinir las cuotas de poder entre las casas de los protagonistas, pulseando por la consumación de expectativas e intereses grupales e individuales con el resultado de transacciones devenidas según la astucia de la actuación de cada facción concurrente. El tema principal fue recurrentemente, el *control* asignado a cada casa de un número determinado de reparticiones oficiales, firmas públicas, entidades de bienestar y asignaciones en el poder judicial. Posteriormente, en la era hegemónica del *imperium populi*, en lugar de que sean los actores de las casas en alianza los que protagonizasen las pugnas con remota afectación al monarca; las facciones de la misma casa gigantesca fueron protagonistas, todas con sometimiento vejado al monarca, de papeles diversos desplegados en variadas y coloridas disputas de poder.

El monstruo bicéfalo durante momentos cíclicos, se ha mordido a sí mismo o al menos gruñó y amenazó mordiscar una cabeza contra la otra. En un momento se dividió con la esperanza de que

los nuevos ritos electorales olvidaran las responsabilidades y el régimen compartido, favoreciendo las preferencias para el monarca comprometido y para séquitos cínicos hábiles en la propaganda. Después de dividirse, sus dos cabezas escindieron el cuerpo y de cada retazo por encima del lomo y de la cola surgieron pequeñas cabezas de serpientes. Se trata de las facciones apendiculares de las casas de los arribistas. En suma, el recuento de las *hybris* pareciera mostrar que todo es posible. Se dieron la co-gestión, el tercero *inter pares*, la alternancia pactada, las uniones más inverosímiles de miembros de la izquierda con la derecha y el centro; además de los acuerdos restringidos, los ampliados, los hábiles y los aparentemente carentes de cualquier demarcación.

La era de los pactos del *imperium populi* sistematizó enseñanzas de largo impacto para el futuro, realizando la política como una ocupación arcana cada vez más elitista, de modo que las decisiones emanaran desde arriba y fluyeran hacia abajo hasta su cumplimiento en detalle. Estuvo rebosante de pragmático consenso, de acuerdos instantáneos, de distribución de cuotas, y del incesante juego de *toma y daca* convertido en el secreto de interrelación entre las casas con negociaciones inaccesibles y escondidas entre minorías cada vez más poderosas, tanto en las esferas del Estado como de la sociedad. Posteriormente, mi muy ponderado lector, en la era hegemónica del *imperium populi*, tales enseñanzas evolucionarían en el escenario monista mostrando sus peores frutos, todos infectos y sometidos a la arbitrariedad de la única cabeza elefantiásica del *Leviathan* que es el mandamás intocable de cada cártel de la casa dinástica.

Como el Destino, hijo del Caos y de la Noche, escribía en un libro lo que pasaría ineluctablemente a todos por encima de cualquier poder divino o fuerza humana; el monstruo bicéfalo fue hijo del caos de la hiperinflación y de la oscuridad noctámbula del primer régimen abortado. Dictó que se escribiera un libro de número críptico -02-10-60- otorgándole un poder omnímodo que signaría por veinte años e inclusive más, la vida de los vasallos y el estilo de ejercicio regio de los séquitos de cada régimen y de los monarcas. Concluido el bucle de la bonanza y acabado el efecto de las palabras de hueco sonido, en la era de la hegemonía del *imperium populi*, otra vez el fatídico número aparece como el agorero anuncio que signaría el tiempo presente minimizando la vorágine catastrófica y cíclica del futuro.

De metamorfosis proteicas y creencias populares

En la era de los pactos del *imperium populi*, querido lector, surgió un precepto que el *Leviathan* de la era hegemónica ha aprendido muy bien. Se trata de una práctica recurrente entre varios actores pero especialmente focalizada en una casa que durante cuatro décadas ha emulado la habilidad de Proteo de metamorfosearse: ser siempre igual aunque diferente, distinto y el mismo, regodeándose como un comodín burlesco cobijado donde prefiera y como le guste, sin reparo alguno como Jano, en tener y mostrar dos caras a la vez. En la era de los pactos destacó el protagonismo de la casa mediadora de irrecusable apelación; en sus cimientos con sobrecarga a la izquierda, pero moderada en su estructura y ostentosa de una fachada variopinta; en su discurso, generalmente radical, pero en sus decisiones, claramente *neoliberal*. Tal casa fue capaz de convertir hasta el fuego en cruzada, presentando las imágenes que anonadan, insospechadas e irracionales, como mensajes habituales, corrientes y hasta curiosamente predecibles. Estas mismas aseveraciones es posible referirlas respecto de las máscaras aprehendidas del *Leviathan* de hogaño.

El corolario de tan pintoresca casa fue el quebrantamiento en la sociedad de cualquier rayo de esperanza respecto de que los regímenes pudiesen obrar con racionalidad y cordura, permitiéndose lo que se les antojase ya que su ámbito de acción sería un escenario *amoral*. La práctica en este mundo habría sido descubierta gracias a los pasantes de Proteo y de su Sumo Oficiante, como la habilidad de extraer cualquier mal de la caja de Pandora, disfrazarlo de bondad ante el veredicto público y prorrumpirlo como un anuncio de esperanza. Algo bastante repetido en estos días de intemperancia.

Proteo es el símbolo del cambio que no modifica nada trascendentalmente, el poder de la metamorfosis como adecuación al paisaje, la evocación de un horizonte donde aparecen y desapare-

cen seres fabulosos y hechos espectaculares. Tanto en la era de los pactos como en la era de la hegemonía, dos casas especialmente crearon mitos con abrumadora cualidad profética auto-realizada, convirtieron la realidad en una fábula que no podría haberse consumado de otro modo, y de ellas nacieron bandidos y ninfas. Los máximos sacerdotes de estas casas que pretenden ostentar rasgos de sacralidad, muestran su mundo como el único que debería ser creído y asumido, obnubilando y convenciendo al auditorio para que le sea imperativo concebir su relato como imbatible. En el ínterin, generan mecanismos en el alma del oyente, para que su discurso florido y utópico, pletórico de inconsecuencia y cinismo, metamorfoseándose, adopte cualesquier forma, máscara y color; imponiendo el curso del destino inevitable con sentido incluso para lo que parecería meramente temporal y huidizo.

Los embaucadores de la palabra hablan con cualquier dejo del orden de la izquierda, el centro o la derecha; permitiéndose construir sistemas de verdad, fuertes y flexibles, para competir en el antagonismo verbal del que se consideran siempre triunfadores. El *imperium populi* permite que las palabras y las promesas que pronuncien, se remocen y retornen; que las imágenes de los monarcas se conviertan en estereotipos de identificación del *pueblo* y que no exista en los discursos límite alguno exigente de coherencia y consecuencia. Se ha construido un escenario en el que emanan ideas en un contexto donde toda veleidad y cinismo es permitida, cualquier tendencia acomodaticia con desvergonzadas argumentaciones es vista como astucia y donde los intereses, la conveniencia, la obsecuencia forzada y el oportunismo ramplón aplastan cualquier pensamiento moral, recto y racional.

La secuela es el descreimiento de la política; es decir ha perdido la cualidad de ser asumida como una chance de servicio a la comunidad para realizar el bien común. Su ocupación es expectable porque sin mayores reclamaciones, promete que en un reino miserable, los hábiles, pacientes e inescrupulosos constituirán más temprano que tarde, parte del séquito de los monarcas, cambiando sustantivamente sus situaciones precedentes. Por lo demás, ninguna promesa es verosímil; los molinetes que tematizan, des-tematizan y re-tematizan la realidad permiten una o varias posiciones con extrema flexibilidad; los amigos y enemigos del momento son actores que fluyen en un tablero lábil de coyuntura; la adversidad de ayer o de hoy es asumida como la causa que justifica la retaliación ahora o mañana; toda espera es la antesala para el éxito que provea de riqueza y poder; y los cambios son apenas fintas de re-acomodación oportuna en el ineluctable movimiento de *eterno retorno de lo mismo*.

Las acrobacias del discurso tienen un último designio: crear las condiciones propicias, dar justificaciones a ultranza o desviar la atención respecto de la venalidad y la impunidad. Con especulaciones que inclusive refieren el “espíritu” de una casa de la era de los pactos, afloraron como lecciones aprendidas y extremadas en la última década, la increíble habilidad, la sorna, las injurias a la inteligencia del auditorio, el extremo desparpajo y la desaprensión ilimitada para *hablar* sobre la corrupción perpetuando, sin embargo, la impunidad. Teniendo en cuenta los primeros años en que surgió el orden del *imperium populi*, es evidente que tres décadas y media después, la venalidad ha evolucionado. Hubo inconmensurables cambios cualitativos y cuantitativos desde los negociados a pequeña escala, las irregularidades administrativas, las malversaciones disfrazadas, el tráfico de influencias, los actos de ilegalidad, el robo, la falsificación, el dolo y otras ostentaciones variopintas. Ahora es pan de cada día el predominio macroscópico de este legado en un reino de mega-corrupción, con dilapidación de ingentes recursos, desfalcos descarados, robos multimillonarios, constitución de redes y catervas encaramadas, arbitrariedad supina y la creación de una sumisión colonial ante viejos reinos orientales. La diferencia de escala es comprensible también porque la última docena de años, la concentración monista del poder generó un régimen que busca ser incuestionable y eternamente impune.

Los sellos del reino objeto de nuestra atención, apreciado lector, lo muestran como una tierra donde las culturas que lo habitan lidiarían por llegar a ser clientes del monarca, recibiendo albricias y prebendas. Las distintas casas dinásticas de pensamiento y acción en sus códigos y ritos

secretos muestran que ven al vasallo como un ser ruin, desprecian sus valores humanos y se creen destinadas a lograr el reconocimiento mínimo para abusar de los recursos públicos logrando enriquecimiento personal y colectivo. Asumen que toda persona común o dedicada a la política es sórdida y corruptible, que tiene un precio y que no rechazará un soborno por lo que hay calcular bien la cuantía. Todos se venderían por dinero, erotismo, vanidad o poder con deleites y predilecciones que serían manías o debilidades; tendrían algo que ocultar de su pasado y siempre sería posible presionarlos, someterlos, cooptarlos o corromperlos. Aparte de las elites, todos serían cobardes y rutinarios, se amedrentarían fácilmente ante las amenazas, la extorsión, la coacción, la persecución y el hostigamiento, tácticas sobre las que, en los años más recientes el monarca de turno ha mostrado la posibilidad de llegar a una extraordinaria sofisticación y a una evolución eficiente sin precedentes con máximo beneficio para el régimen, dadas las invenciones tanto en el conocimiento como en la acción política.

Han desaparecido en estos tiempos de turbia turbulencia, las restricciones morales, los límites éticos y el deber dictado por el imperativo de la razón en procura del bien común y de los intereses del reino. Los vicios aparecen como virtudes, el desparpajo en proclamar cambios en la venalidad siendo los hablantes los elfos más despreciables y cada vez peor corruptos, no tiene límite; llegando al extremo de institucionalizar los delitos. Así se consuma el desprecio del vasallo, de su dignidad y su inteligencia.

Por lo demás, la sabiduría críptica de las elites y los monarcas permite entender, bienquisto lector, cómo y por qué se han producido hechos insólitos en los parajes de mi reino. Naturalmente, en lo que a mí concierne, mis decisiones no fueron jamás producto de la maniobra de palabras huecas. Lo que expresé en mis deseos de unción de los monarcas han sido decisiones meditadas y siempre nutridas con el mayor conocimiento posible y, por lo tanto, contrarias a las tendencias masivas. Me apena sobremanera que por falta de una educación apropiada, los vasallos del reino en varias ocasiones hayan votado por sus verdugos, o que hayan apoyado electoralmente a quienes ejercieron el mando sin tener presente las obligaciones del Estado con los más necesitados, sin respetar sus derechos, criminalizando sus protestas y sin ofrecer visiones de mediano y largo plazo que dignifiquen a la mayoría.

Al respecto, dilecto lector, querría que tengáis en cuenta algo importante. Antes de las vicisitudes acontecidas durante los treinta y cinco años de mi relato, el *imperium populi* del reino tuvo veintuna vidas entre las que, una en particular revela gran importancia. Se trata de acontecimientos *revolucionarios* de tres décadas antes de mi narración y que muestran en parte las creencias populares. Brevemente os los presento a vuestro acucioso entendimiento.

La exclusión de más de la mitad de los vasallos del reino era estructural y formaba un orden opresivo. Los vasallos de identidad *nativa* recibían muy poca educación, los servicios del reino en general, permanecían vedados para ellos, y sin embargo, trabajaban en las haciendas produciendo la totalidad de la riqueza agrícola. Eran sometidos a labores de servidumbre y su palabra estuvo silenciada por centurias en lo que respecta a los temas de administración y buen gobierno. La revolución dirigida por grupos de vasallos condolidos por su situación pero que también buscaban realizar sus propios intereses, les dieron tierra, educación, palabra, voz e igualdad política, valorando su identidad e integrándolos al reino.

Ese recuerdo y tal constelación de la identidad incluyendo las obligaciones del reino para con los susodichos *nativos*, pervive durante seis décadas y media y es el factor que permite comprender las creencias populares y, en especial, el régimen actual durante la docena de años precedentes. En mi reino, amable lector, los nativos se conciben a sí mismos como vasallos en el más prístino sentido de nuestra estructura feudal. Superando, claro está, las rémoras de la *vieja Edad Media*. Se trata de una estructura en la que el sustento a cualquier sistema de mando no es gratuito en absoluto, sino recíproco, complementario y jerárquico. El apoyo político implica *toma y daca* que compromete al

monarca y que su séquito debe realizar con una infinidad de formas, no importa si es necesario fuera y hasta en contra de la ley.

Si sus clientes no son satisfechos se rompe el pacto político, precipitándose un agravio que tarde o temprano terminaron con convulsiones que eventualmente depusieron al monarca de turno. Tal es la lógica de las facciones que llegan a protagonizar en el reino erupciones violentas de tinte milenarista, con muestras extremas de pecadores flagelantes y que invariablemente son parte de la cultura y de la política con una acendrada reivindicación por lograr lo que creen que les corresponde. Debido a que el monarca del último mandato docenal está identificado con los nativos, la satisfacción de las facciones que lo promovieron –múltiples y de distinta laya- tiene además de un contenido material, una exigencia primordial: se trata de una satisfacción que ante todo debe ser eminentemente simbólica, poniendo en evidencia que las decisiones regias se someten a los compromisos contraídos y que el mandamás inédito en la historia larga del reino, *se debe* a los suyos.

La vigésima segunda vida del reino, pese a ser el lapso más largo de las veintiuna vidas anteriores, representa solo un giro del intrínquilis de un bucle de su historia. Hablaros de la era hegemónica del *imperium populi* cuyo recorrido suma una docena de años y que con seguridad, se repetirá en el futuro transitando tramos marcados por los anillos previos, ya lo hice en verdad. Sin embargo, su comprensión -como entender la era de los pactos del *imperium populi*- se realiza gracias a la transcripción de una vida de *hybris* de larga duración en la que no son ajenos la fuerza de las armas ni el calor de las urnas desde hace seis décadas y media.

Hechiceros de Oriente en el *imperium populi*

Para terminar mi narración voy a revelaros cuáles son las características de los hechizadores que desde hace un siglo encantan a una gran diversidad de reinos, produciéndoles fascinación, aletargamiento y una estupefacción de fábula. No obstante de que en muchos reinos su nigromancia ha sido descubierta y el pueblo que se encontraba aletargado se ha liberado de los hechizos, despertando y actuando en emanación; lo curioso es que mientras la rueda de la historia gira abandonando tan lóbrego y ennegrecido pasado, en el reino que os narro, los mandamases locales arguyen que las vueltas del tiempo se orientarían anacrónicamente al revés: girarían hacia un estadio superado y detestado en muchas partes, sin advertirse la necesidad de eliminar los pavorosos efectos a los que dio ha lugar.

La más extrema hermenéutica cuenta que los desmanes que os narro son resultado de las hazañas de una peculiar casta de hechiceros, que habrían tenido otrora, una fermentada injerencia en otros reinos del orbe. Del reino de marras, debo deciros, reverenciado lector, que sus maleficios y pociones causaron profundo vestigio, especialmente en el conjunto de hechos de deleznable naturaleza que se denomina *procesus mutatio*; es decir, en lengua vulgar, el mentado “proceso de cambio”.

Estos hechiceros visten todos de forma igual, ufanándose de sus toquillas y albornoces escarlata; sin embargo, fuentes muy confiables me rebelaron que existen pequeñas diferencias en su atuendo, legibles solo para los iniciados, que marcan el poder acumulado, la jerarquía de mando que les corresponde y la cantidad y profundidad de sus hechizos exitosos. Creo que lo más hipnotizador de esta casta que ha influido en centenares de millones de simples a lo largo de la historia, es que ha logrado hacer creer que las fantasmagorías que sus hechizos provocan constituyen *la realidad*. Es decir, han convertido el mundo en una fábula.

Me han contado que en sus mejores escuelas de magia, aparte de aprender a escabullirse sin dejar rastro y de metamorfosearse en una variedad amplia de seres, decodifican protocolos de conducta establecidos y probados. Nunca reconocen que hacen magia; creen que sus situaciones de privilegio en los reinos donde saquean la riqueza pública para sí mismos y sus adláteres están justificadas y son el orden cósmico legado por algo llamado “revolución”. No se inmutan en absoluto en predicar una

fantasmagoría social que no les constriñe en nada personalmente; peor aún, los consanguíneos de los más altos hechiceros son las personas más ricas de sus reinos, y se presentan a sí ante el mundo con total desparpajo. Su poder es tal que jamás las leyes ni la justicia, medianamente razonables, les menoscaba porque se las ingenian para quedar impunes de sus crímenes, consagrando sus saqueos.

Son crueles con quienes les descubren y denuncian; pero su saña es proverbial con los adláteres de antaño que les traicionan porque conocen sus secretos. El principal recurso de su hechicería son las palabras mágicas que desde hace un siglo han producido realidades atroces. Tal recurso dicen que se denomina algo así como “performatividad” y consiste en hacer creer a quienes les escuchan *-el pueblo-* que gracias a la acción que realizarían, cambiará su pobreza, su marginamiento y explotación. Sobreentendido queda que el fondo de tal discurso no es verosímil, pero el pueblo *debe* creer y actuar. Que en el “proceso” sean inmolados algunos miles de simples no importa, pero siempre debe mantenerse encendida la flama de *creer* en el sueño que jamás será alcanzado en lugar alguno.

Gracias al sacrificio de los ingenuos, los hechiceros incrementan su poder hasta convertirse en los nuevos tiranos del reino. Naturalmente, nunca se reconocen como tales; sus mejores escuelas les han preparado para enunciar las palabras mágicas más convenientes ante cualquier peripecia que exija aplicar el hechizo. Debo decirlos, querido amigo que lees mis líneas, que gracias a la habilidad ofrecida por la historia recóndita de las elites aupadas, los nigromantes utilizan en varios casos, a serviles marionetas a las que llegan a convertir en líderes de trapo por refinados embrujos, sin descartar cuando es necesario el uso descarnado de la fuerza bruta. Las marionetas no piensan, no se auto-critican, no escuchan al mundo ni al pueblo; teniendo solo una angurria insaciable de poder, obedecen y cumplen las órdenes de los hechiceros encumbrados y de la más alta escuela de magia, tanto más cuanto se trate de reinos de importancia estratégica mayor en el juego de ajedrez del mundo.

Ciertos dramas o falsedades pre-elaboradas -dado que en la materia de protocolos mágicos es posible escribir libros enteros- indican que estando los hechiceros o sus marionetas en el poder de algún reino, con prontitud y eficacia deben dividir a los vasallos creando enemigos internos y externos; que sean ficticios o reales en verdad no importa. El propósito es crear justificaciones arteras para aplastar brutalmente a las facciones belicistas; cooptar a los que siendo vulnerables y avariciosos podrían rendir pleitesía; aterrorizar a los de corazones tiernos para negarles toda forma de libertad y de oposición; y conculcar la situación de libertad de magia que les dio lugar, para que los únicos encantadores del reino sean ellos mismos y sus acólitos. Aparte de que su magia les permitiría destruir, aplastar y hacer que desaparezca cualquier rastro de otra nigromancia, buscan crear un mundo de fábula donde puedan mentir indefinidamente sin ruborizarse en lo mínimo, tampoco cuando sus conjuros sean denunciados con evidencia. Creen que los desmanes que cometen respaldados por su séquito, se justifican para siempre porque asumen la inexistencia eterna de un solo rasero de la historia que los mida como a vulgares malhechores o como criminales de lesa humanidad.

La fidelidad entre ellos es, en general, proverbial; se resguardan entre sí y más cuando las acciones fueron decididas desde arriba en la jerarquía nigromante. También se amparan mutuamente haciendo panegíricos de la transgresión y quebrantando los principios de las sociedades que les permitieron existir y crecer. Pero, no importan el pasado ni los méritos, si una orden llega desde arriba en la jerarquía mágica; si es que supuestamente algunas acciones son imprescindibles para cumplir los objetivos estratégicos o las metas próximas de la cofradía universal y local, cualquier adlátere puede ser inmolado, traicionado o abandonado; y en cualquier caso, siempre subsiste la posibilidad de emplear el hechizo protocolar para convertirlo en un mártir o un héroe de la revolución.

La cofradía se extiende como un pulpo de varias cabezas con la testa del Sumo Taumaturgo como gobernante universal, estante y habitante de lejanas tierras orientales de un inmenso e inenarrable imperio que hoy pretende recuperar su otrora influencia y poder mundial. Debido a que tuve la desgracia de conocer a varios magos con la habilidad de presentarse como ícubos o súcubos, he descubierto algunos rasgos para identificarlos cuando no se visten con sus atuendos carmesí. Viven

en un mundo de estudiada apariencia, ostentando apenas una riqueza moderada pero ocultando los ingentes tesoros que saquearon; predicaban exactamente lo que ellos mismos no cumplen y lo que trasgreden con total naturalidad; pretenden ser intachables personajes de moral incuestionable y aterrorizan el alma de quienes los enfrentan; carecen de todo escrúpulo para decidir el conjuro dictado por sus libros secretos; tienen la certeza plena de que jamás la virtud de la justicia derramará sobre ellos el peso de la ley por sus crímenes, asumiendo que siempre existirá una cofradía más o menos relevante en el lugar que elijan para asilarse. Por último, acerca de sus libros secretos de hechicería avanzada, me han dicho que uno titula algo así como *Nuestro príncipe*; aunque yo no estoy seguro de la información, querido lector, dada la dudosa fiabilidad de mi fuente. De cualquier forma, ¿qué nombre os darías a tan inefable reino, seguramente sorprendido y espantado por las hazañas de sus pintorescos personajes?

Colofón de un relato sin fin

Permitidme, entrañable lector, terminar mi relato con una cita larga publicada al parecer por un trago de tierras altas y que coincide con la materia medieval de mi relato. Como amanuense la transcribo pese a las réplicas que podrían surgir, siendo el testimonio personal del siglo XXI de un autor anónimo que narra su vivencia política durante treinta y cinco años de régimen acreditado como *imperium populi*. Tal vez la identidad desconocida del autor, con el tiempo y las aguas, sea develada algún día:

Cuando yo era niño lo llamaban "comunismo" y unos uniformados con rango de generales hacían propaganda en su contra advirtiéndome que el idioma torcido que empleaba destruiría las familias y enajenaría la propiedad privada. En verdad, la única "batalla" que estos generales libraron, uno enano y el otro orondo, fue la de encarcelar, torturar, asesinar y hacer desaparecer a gente indefensa.

Cuando yo era joven, me entusiasmé vivamente con el socialismo. Leí casi todo lo que pude encontrar y todavía hoy, en la vejez que carga el peso de la experiencia, me admiro de los sueños juveniles que tuve, creyendo que sería posible un mundo en el que los políticos trabajen a favor de la sociedad y las personas, y no se sirvan del Estado para mantener e incrementar su poder, y para enriquecerse ellos mismos y sus pandillas. Al menos, supuse ingenuamente, que el socialismo castigaría la corrupción con la cárcel o la muerte, la que en mi ilusa concepción, inclusive el tomismo justificaba con la arenga de que por el bien común, el tiranicidio sería una acción moral glorificada por Dios.

Cuando conocí la Isla Lagarto y la Tierra de Tito, mis sueños del socialismo fueron todavía más inspiradores. No me di cuenta que la sociedad paradisiaca que había construido el pastor de lengua barba a quien veneraba una enorme grey en el Caribe, apenas expresaba un alineamiento político mundial como parte de una conflagración global, y que el precio de una educación y una salud al parecer, maravillosas, era la renuncia al pluralismo, una ideologización masiva intensiva, el culto obsesivo a la personalidad, la dependencia de otro imperialismo y la sumisión ante el poder vertical unipersonal e indefinido que solapado, reprimía a la sociedad.

Después, comprendí mejor lo que solo entreví gracias a que me fugué del protocolo de visitas oficiales en la isla. Con todo, estrechar la mano del pastor que guiaba a una sociedad masivamente ideologizada, me emocionó. Siendo también muy joven, las emociones que sentí al observar la sociedad perfecta de la autogestión, me obnubilaron y no pude descubrir que debajo de lo que veía y me impactaba; ardían en los Balcanes candentes brasas de nacionalismo, etnocentrismo y secesionismo dando lugar después, a una guerra de monstruosas acciones y consecuencias extremas inenarrables.

Ahora viejo, al descubrir que la angurria de poder reconstituye dinastías y concentra la ingente riqueza de los políticos -una vergüenza que, espero, la humanidad algún día tenga la fuerza para no permitir-la- me percaté de que, sea que se trate de pastores, burócratas, ignoraros, cocheros o bufones; los líderes del socialismo tarde o temprano terminan por depravarlo. Cuando estudiaba al pasajero del tren sellado financiado y protegido por los nacionalsocialistas, cuando admiraba por su lucidez y fuerza, al político, intelectual, pensador y estadista del socialismo real, no quise ver a quien asesinó a la familia real sin juicio y escondió sus cadáveres. Cuando soñaba en una sociedad justa en que nadie muera de hambre, no quise ver que al profesor rural de tez amarilla no le importaron las decenas de millones de personas que fueron víctimas reales de la inanición, mientras que él se regodeaba entre jovencitas de ojos rasgados.

Nunca me gustó el soldado de abrigo largo, repelía su ignorancia; y no quería ver que quien mandó a clavar una picota en el cráneo del políglota y esclavizó a decenas de millones de sus conciudadanos con una eficacia mayor a la demostrada en el holocausto del siglo XX, explicaba en definitiva el comportamiento de una escuela para la práctica política que yo, por desgracia, conocí de cerca. Entre burócratas, sindicalistas y militantes de dicha escuela, fui parte de las luchas que protagonizamos al menos durante una década. Yo creí, en mi ingenuidad, que como en mi caso, los demás eran parte de esa lucha para evitar la explotación irrestricta del capital; en mi candidez, luchábamos para realizar una vida moral que condene y castigue a los ladrones, flojos y mentirosos; en mi estupidez, creía que las personas a quienes yo acompañaba vivían para la revolución porque en verdad, querían cambiar la desigualdad y deseaban que la sociedad creara trabajo, ofreciera bienestar, resguardara la dignidad, cualificara la educación, ofreciera calidad de vida y precautelara los derechos humanos satisfaciendo las necesidades y expectativas; en especial, de los que más sufren -por ejemplo, los mendigos y discapacitados- y de la población que yo veía como el pueblo.

Por lo demás, ni siquiera en mi juventud me entusiasmó el médico asmático argentino. Me parecía inconsecuente hacer el juramento hipocrático y matar soldaditos bolivianos; aunque a su modo, aceptar inmolarse dirigiendo un proyecto condenado al fracaso -haya deducido o no la traición local y la caribeña- me parecía un gesto religioso y por tanto, encomiable. Con todo, hablar con denuedo del "hombre nuevo" como alguien íntegro por la acción consecuente con el discurso, como alguien que tenga solidez insobornable en sus valores, que sea consciente de su responsabilidad social, que al final de su vida al parecer, esté inmaculado ante la corrupción y que haya sido un juez justo ante la lacra de los politicastros que gobiernan el mundo; me entusiasmaba. Sin embargo, resonaba en mí la duda de que el diario y todo incluido, ¿no sería en el fondo apenas un montaje con coreografía de egolatría?

Participé con vivacidad y convicción en un sinnúmero de tareas para hacer realidad mi sueño del socialismo tal y como yo lo concebía con una fuerte dosis de idealismo. Pero, pese a mi entusiasmo, comencé a percibir, progresiva e invariablemente, que mis líderes, compañeros y referentes políticos e ideológicos no eran, en verdad, tal y como yo los poetizaba. Un líder se vendió a su verdugo para ser Presidente arrastrando a sus adláteres angurrientos de poder; descubrí la venalidad en pigricias de dirigentes sindicales a nivel nacional, y pese a que un gallardo abogado encarceló al general orondo, vi que mis ilusiones de la utopía socialista eran solo eso: el espejismo que yo había creado para dar sentido a una lucha por la que tal vez solo yo batallaba. Así, decidí alejarme de la vida política partidaria para siempre, huyendo de la bruma maloliente que percibía gracias a mi agudo sentido del olfato, entre quienes hablaban de socialismo.

Nunca creí que Su Majestad, El Ignaro, llegaría ni siquiera a ser la sombra de Gandhi o Mandela. Pero que en el techo del mundo, la utopía socialista que soñé se haya convertido, en verdad, por la gracia de un personaje de comic en una pesadilla de terror, hasta a mí me sorprende. Y como mi tierra no deja de asombrar al mundo, ahora es sabido que aquí las palabras aparentes que nadie cree, son suficientes para encubrir la distopía del "mundo-verdadero" que es este socialismo real en la segunda década del milenio: avidez ilimitada de poder, destrucción sistemática de la razón, anomia social y política, desfalco creciente de los recursos públicos, represión y amedrentamiento, incapacidad probada para visualizar y construir el futuro económico, despilfarro ominoso y vergonzoso, simbolismo agobiante que dilapida el erario en propaganda de culto a la personalidad, carencia absoluta para gobernar en pos del bien común, impunidad como norma, privilegios y torsiones de la ley, persecución sañuda de la escasa decencia además de un largo y colorido et cœtera...

Y como en una película de terror en la que, sin embargo, las víctimas lo son realmente; veo con el peso de los años, que la pulsión del indio que somos parcialmente cada uno de nosotros mismos, se alinea sumisa e hipócritamente en la perversión final del cuento del socialismo convirtiéndolo en un culebrón en el que casi todos los personajes forman el elenco de una trama de rapiña, mentiras, disfraces, contumelia, exabruptos, ridículo, crímenes, cinismo, robo, tráfico, barbarie, ignorancia y oscurantismo. Por eso, este -que en efecto es un cuento- proclama con vehemencia que mi narración muestra que *ila nueva Edad Media* ha comenzado!

El relato que acabáis de conocer, asiduo lector, evidencia los treinta y cinco años de tribulaciones y desesperanza que caracterizan la era de parte de la vida del autor anónimo. Haciéndole el honor que le corresponde y despidiéndome de Vuestra Merced, me atrevo a advertiros manifiestamente ahora, de que por dignidad humana no os dejéis engatusar: la *nueva Edad Media* tergiversa el *imperium populi* con la nigromancia socialista; o estáis contra ella o sois parte de la hechicería.

Suyo incondicional y absolutamente, S.S.S., *el amanuense local*.